

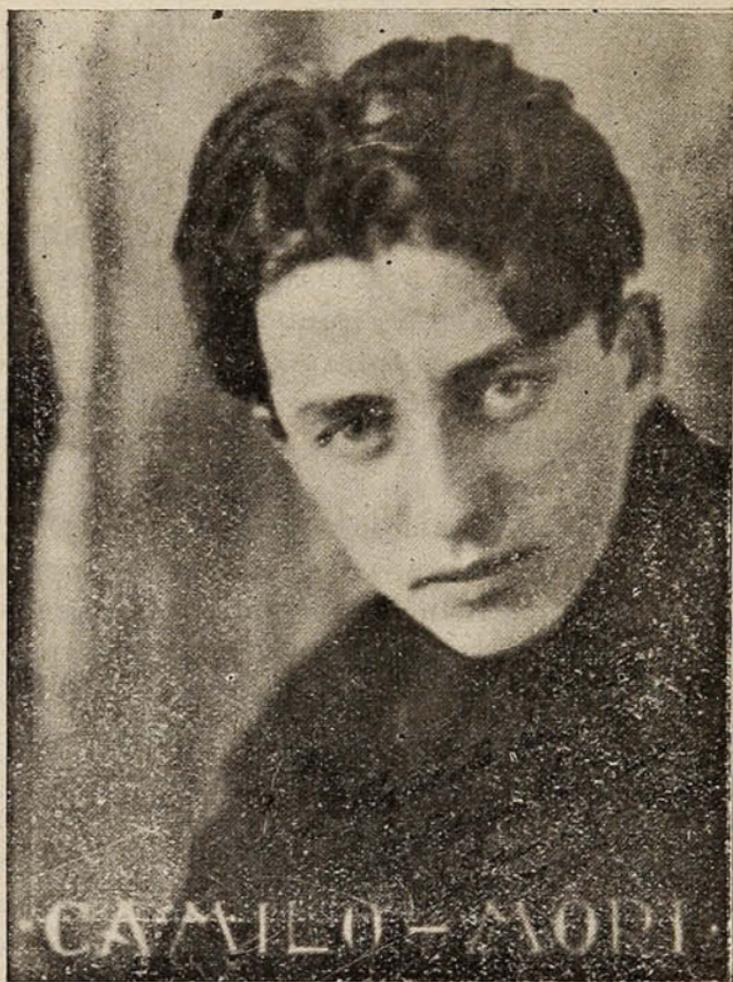
Tengo la convicción plena de que vale para Chile más que la propaganda de los diplomáticos el prestigio de los artistas y pensadores nuestros que con su obra pueden testimoniar que somos un pueblo vivo.

Oscar Fontecilla dando conferencias en la Universidad de Montevideo, Francisco Contreras colaborando en el «*Mercure de France*» y editando sus libros en Madrid y París, Luis Vargas Rosas y Julio Ortiz de Zárate pintando en Florencia, aunque no lleven investidura oficial alguna, dan más idea de nuestra cultura que veinte mil embajadores ramplones, llenos de cruces y títulos pomposos.

Por eso es delicada la salida de Chile. Gente hay a la que deberíamos tener aquí como en una jaula porque nos llenan de un mayor desprestigio que el de que tratan de inferirnos propagandistas de cancillerías enemigas.

Poniéndose en ridículo entre nosotros que los conocemos no hacen daño alguno pero exhibiéndose en el extranjero pagan contribución a la alta idea que se tiene—a veces con razón—de nuestro rastacuerismo, de nuestra imbecilidad, de nuestro arribismo. Cuando todo esto se escuda bajo las libreas oficiales nada importa porque hay la prevención de que lo oficial se engendra al calor de un ambiente que nada tiene que ver con las cosas del espíritu. Pero cuando sale de Chile un hombre que va a luchar, cualesquiera que sea su vi-

bración espiritual, entonces la responsabilidad es mayor porque él representa la cultura, el arte, el



pensamiento de un pueblo. Camilo Mori se va a Italia.

Cierro los ojos en el recuerdo y Camilo Mori se me aparece con su figura infantil, desnudo de vanas petulancias desconcertantes. Veo al artista admirable, medallado en salones oficiales y en juveniles torneos de primavera, sin un gesto, sin un ademán de estudiada superioridad. Lo veo sencillo y claro, imponiéndose solo, así Jesús entre los graves doctores.

Lo veo grande en la fuerte realidad de sus primicias tempranas: retrato austero del padre, pálidas figuras de los amigos artistas, rostro fino y galante de una mujer amada.

Lo veo vaciar el aliento viril de su alma pletórica en las aguas fuertes del puerto, rudos poemas formidables erizados de torres de acero, nerviosos de transatlánticos resonantes, desgarrados de harapos ciudadanos. Lo veo, verleniano y sutil, en los rincones azulosos en que hay una vieja fuente abandonada.

Así se me presenta en la evocación la obra multiforme y sólida de este niño artista.

Un orgullo rotundo me llena el corazón ante el lírico anuncio de su viaje a la Italia de sus abuelos.

Yo sé que triunfará. Sé que sus inquietos ojos de pequeño maestro habrán de llenarse de nuevos estremecimientos de belleza en el país de la leyenda y el prodigio.

Abro los párpados serenamente en los jardines floridos del futuro: Camilo Mori ha hecho su obra.

Y entonces recuerdo ese año de 1919, en que el puerto—Valparaíso—con su férrea mano de titán, empujó a su artista a la inmortalidad.

R. M. F.

Música.

Edouard Risler

He aquí uno más que recibe la sanción de nuestro mundo musical.

Ya Felia Litvine, la gran cantante, ya ese admirable trío Barcelona habían cosechado en épocas anteriores la más completa indiferencia entre nosotros, señal manifiesta de nuestra mediocridad ambiente.

Hoy es Edouard Risler, el noble intérprete de Beethoven, quien pasa desapercibido. En sus cuatro recitales del Municipal Risler tocó para sí y para unos cuantos oyentes sinceramente músicos, que ya antes soportaran con resignación la apoteosis del «virtuosismo».

Nada más explicable, ni nada más lógico. Estamos dominados por los triunfos de prodigiosos adolescentes que hacen desfallecer de emoción con los acentos de Danubios azules o de mágicas Campanellas.

¿Podremos exigir a los auditorios fascinados con las sorpresas de una Cajita de Música o vagamente impresionados con la sonoridad de un Steinway, sirviendo de pretexto un trozo de Bach, Beetho-